

De pronto, saliendo de debajo de un peñasco, uno de los chicos gritó con voz atiplada:

—¡Vengan, hom! ¡Una lachiguana!

En un instante acudieron casi todos como pájaros. Armados de sendos manojos de pichanas u otras plantas, para defenderse de las abejas, se dispusieron al ataque. Uno debía picar la lachiguana. Juan se aprestaba ya a ello, estimulado por la presencia de la Milagro. Muy bien tapado con su poncho se arrimó hasta dos pasos de la rústica colmena y le dió un picazo con un palo. Poco después la alegre compañía repartíase los panales de miel, ya acaramelada por lo avanzado del año.

El nublado fué oscureciéndose poco a poco, y de pronto empezó a llover. Entre una viva algazara la chiquillada comenzó a bajar a toda prisa, y la lluvia, muy fría, arreció rápidamente. Los leñadorcitos se guarecieron entre las breñas. Así, la Milagro y Juan vinieron a quedar solos bajo un peñasco, y allí se acurrucaron.

—¿Le hace frío?—preguntó él, que sin saber por qué y casi sin advertirlo, había comenzado a tratarla de «usted».

—Sí, mucho... y a... «usté».

—También... Tome, tapesé con mi poncho...

—Güeno... pero... se tapemos los dos...

Volviendo del pueblo donde había pasado más de año y medio al lado de un hermano casado, Juan venía rumiando su tema favorito: la Milagro... La imagen de ésta, en efecto, no lo había abandonado un solo instante. Recordaba con precisión muy viva los más menudos detalles de su idilio: el primer clavel que él se había animado a regalarle, el anillito de plata que le pidiera un día, los versos escritos en una hoja de cuaderno que le entregara otra vez, y sobre todo, aquel primero y único beso que se habían dado, bajo el peñasco, la tarde de la lluvia... Recordaba también que desde ese día la Milagro no había vuelto al cerro, y la impresión que esto le había producido a él, que sentía como si algo le apretara el pecho, haciéndole suspirar como a la fuerza. Y recordaba cómo desde entonces esas idas al cerro, antes tan alegres, se habían vuelto una pura pena; no sabía decirse en palabras, pero era como si todo estuviera vacío, y que el cerro hasta en la primavera fuese tan triste como en los peores días de invierno.

Pero sentía que el corazón le golpeaba más ligero cada vez que se representaba la cara de la Milagro y ese modo de mirar que tenía en ciertos momentos, entrece rrando los párpados, y su risa tan clarita y tan linda, y la pollerita overa que tenía el último día, y los ojitos tan tristes con que lo había visto partir...

La había visto a los dos días de llegar. Estaba ya casi hecha una mujer y más linda, más señorita que antes. El se había sentido torpe y avergonzado al saludarla... Pero

instintivamente creyó advertir que ella no correspondía a su emoción. La hallaba... no sabía cómo decir... como si no fuera la misma con él... ¿Qué podía ser? Quizá lo supiera más tarde, sin preguntar a nadie, por cierto, porque todo menos dejar entrever siquiera su secreto.

Pocos días después, una tarde estaba cortando pasto en una viña. Dejó de hachear para examinar el filo de su machete, que acababa de dar contra una piedra, cuando sintió que venían conversando por el camino. Prestó atención. Eran un hombre y una mujer. Las palabras de él, que hablaba en voz baja, no se entendían bien. Las de ella, en cambio, llegaban claras. A Juan se le saltó el corazón... Era la Milagro.

—Pero sí es su clavel ¿que no ve?

Palabras de despedida

Barcelona, agosto 13 de 1925.

Señor Director de *El Sol*.

Madrid.

Muy estimado señor mío y amigo:

En vísperas de salir de España, me atrevo a pedir un nuevo favor a usted, a quien tanto debo. Quisiera que las columnas de su noble diario dispensaran acogida amable a unas cuantas palabras de despedida. Me voy de España lleno de gratitud por lo que he visto, por lo que he aprendido y por el afecto que me ha rodeado en cada momento de este inolvidable viaje. Por todas partes he sido tratado fraternalmente y me he sentido un poco en la situación del descendiente de aquellos que un día dejaron la patria peninsular en actitud más o menos rebelde y con el propósito de crear un nuevo mundo. ¿Y acaso esta herencia no nos da a nosotros cierto derecho de inquirir de los que han quedado en el viejo solar qué es lo que se ha hecho y lo que se intenta hacer de sus destinos? Así, pues, no me he sentido extraño ni por causa de ustedes ni por causa mía, y ahora con mayor atención que antes seguiré ocupándome de los asuntos de España, no sólo con el derecho que por ser hombre tengo de opinar y de juzgar a todo el planeta, sino más particularmente como miembro de la familia de las naciones de habla española.

Mucho me complace poder afirmar, al término de mi viaje por España, que todo español, desde el más humilde hasta los más encumbrados, profesa simpatía y demuestra cordialidad por todo lo que se refiere a la América hermana. La existencia de

—¡No creo lo que me dice!

—Bah, y entonces ni se v'acordar de mí...

Y por instantes se interrumpía para reír.

Juan sintió como si le faltara el aire. Tenía la garganta seca. Le latían las sienes y el machete temblaba en sus manos. Por un claro del seto vió después que la pareja llegaba hasta la encrucijada y se detenía. El era un mozo alto y bien vestido. Y vió que la tomaba a la Milagro por la cintura y la besaba y que ella se desprendía de pronto y se dirigía corriendo en dirección a la casa, mientras el mozo la seguía con los ojos, sonriendo satisfecho...

Y Juan lloró sus primeras lágrimas de hombre.

LUIS L. FRANCO

(*La Prensa*,
Buenos Aires).

esta honda simpatía es una fuerza y una esperanza. Los españoles contemporáneos me han hecho sentir toda la profunda ternura y la verdad que se encierran en el nombre que solemos dar a España del otro lado del mar: la Madre Patria. Como una madre hubiésemos querido amarla siempre, aunque no siempre nos ha sido posible hacerlo. Y la razón es muy clara. La diferencia entre la patria y la madre es ésta: a nuestra madre no la hacemos nosotros ni podemos cambiarla, en tanto que la patria es y debe ser obra nuestra. Si por herencia se nos da una patria injusta, tenemos el deber de corregirla y de tornarla justa. Si heredamos una patria oprimida, tenemos el deber de libertarla. Esta posibilidad de transformación de la patria nos obliga a ser severos para juzgarla y resueltos para enmendar sus yerros y mejorar sus propósitos. Fundamentalmente no es la patria una cosa que se hereda, sino una cosa que se construye, y todo constructor está obligado a hacer que la obra coincida con el ideal. Por eso es legítimo hasta deshacer la patria, si lo exige la justicia o lo impone un ideal superior. Sólo así será el patriotismo una fuerza sana y elevada. Yo, por mi parte, protesto que seré fiel al amor de España, pero fiel a mi manera, fiel nada más a España y al alto ideal que España debe llegar a encarnar en el mundo. La trataré como trato a Méjico: con severidad cruda muchos veces, con exaltación ferviente algunas veces, pocas veces.

Debo a España, como ya dije antes, una acogedora hospitalidad y el tesoro de muchas enseñanzas. Debo